

ESCUELA SUPERIOR DE BELLAS ARTES
Semiótica de las artes
Docente: Paula Dálesson
Correo de contacto: pauladalesson@gmail.com
Guía: Clase 1

¿Qué diferencia hay entre Semiología y Semiótica?

El término griego **semiótica** fue adoptado para indicar la ciencia de los síntomas en la medicina de Galeno, que hablaba de la *semioitiké techné* como la medicina que se ocupaba de la interpretación de los síntomas de las enfermedades, dividida en diagnóstico y pronóstico. En la tradición griega se utilizó también **semiosis** en un sentido de inferencia de signos. En el siglo XVII, J. Locke emplea el término *semiótica* como equivalente a la lógica tradicional, entendida esta última como la teoría de los signos verbales. La palabra deriva de la raíz griega *semeion* (signo) y *sema* (señal), lo que permite afirmar que, en términos muy generales, la semiología se ocupa del estudio de los signos.

El campo de estudio de la semiótica ha tenido a lo largo de la historia, y fundamentalmente en el siglo pasado, dos vertientes principales. Por un lado, aparece con el nombre de **semiología** y por el otro, con el de **semiótica**. El primero surge a partir de los trabajos del lingüista **Ferdinand de Saussure**, que la define como "*la ciencia general de todos los sistemas de signos gracias a los cuales los hombres se comunican entre ellos*", lo que hace de la semiología una ciencia social y presupone que los signos se constituyen en sistemas (sobre el modelo de la lengua). El segundo está representado por el filósofo norteamericano **Charles Sanders Peirce**, quien la define como "*la doctrina de los signos*". Mientras Saussure resalta el carácter humano y social de la doctrina, Peirce destaca su carácter lógico y formal.

Oficialmente no existe diferencia entre semiótica y semiología, aunque el uso vincule más semiología con la **tradición europea** y semiótica con la **tradición anglosajona**. El primer congreso de la **Asociación Internacional de Semiótica** (1969) se decidió por **semiótica**. Cabe destacar que, en inglés, esta asociación se llama **International Association for Semiotic Studies** lo que, a su vez, traduce un deslizamiento terminológico del francés al inglés.

¿Qué clase de disciplina es la semiótica?

La semiótica es una disciplina que se inserta dentro del marco de las llamadas Ciencias Sociales. Saussure la inscribe dentro de la Psicología Social por la naturaleza psíquica del signo lingüístico; Peirce dentro de la Lógica; Barthes dentro de la Lingüística (perspectiva dominante en Europa); Eco -que primero sostuvo una posición convencionalista, contractualista del sentido, basada en su análisis de los códigos como centrales a la preocupación semiótica-, la inscribe luego como una descripción de los procesos culturales como procesos de significación, en una suerte de Antropología Cultural de la que son herederos los actuales estudios culturales, pero finalmente termina definiéndola como una reflexión de naturaleza filosófica. El último Eco, el de *Kant y el ornitorrinco*, coloca a la semiótica en la base de los procesos de percepción humana, necesariamente terciaria.

¿Cuál es el objeto de la semiótica?

Aquí estamos en presencia del primer escollo, ya que la noción de **objeto construido** se opone principalmente a la de **objeto observable**. Para algunos el signo es, en principio, un objeto construido; para otros es, en principio, un objeto observable, y otros sólo tienen en cuenta sistemas de signos previamente establecidos; entre ellos, algunos se limitan a los sistemas

intencionalmente contruidos, mientras que otros extienden esas nociones a la investigación de los sistemas de significación implícitos en toda práctica social (los mitos, los ritos, las prácticas culturales, etc.).

La semiótica, en cuanto disciplina, está en proceso de constitución. En efecto, la comunidad científica en su conjunto aún no ha logrado un acuerdo acerca de un objeto de conocimiento que permita unificar las problemáticas. Las concepciones que se oponen, son las siguientes:

- La **signalética**, una concepción limitada a los sistemas de signos instituidos en la práctica social y no-lingüísticos: carteles de señalización, escudos, uniformes, etc.
- La **semiología**, una concepción de cuño saussureana que considera que la lingüística es una parte de la semiología y entiende que el modelo lingüístico se puede extender a todos los sistemas de signos humanos (Barthes, Greimas).
- La **semiótica peirceana**, que consiste en tomar como objetos de conocimiento las interpretaciones efectivamente realizadas por los actores sociales reales en circunstancias históricamente datadas (Verón, Magariños de Morentin).
- Las **concepciones etnoculturales** que ven en la cultura una combinación de sistemas modelizadores de lo real (Eco, Escuela de Tartu).

¿Cuáles son los dominios de la semiótica?

La semiótica tiene dos grandes dominios. Por un lado, los estudios de **significación**, aquellos donde **no interviene la voluntad del hombre para su realización**. El ejemplo clásico es la arquitectura: no construimos para decir algo sino para guarecernos de la intemperie; sólo secundariamente podemos encontrar en los sistemas arquitectónicos la capacidad de emitir mensajes. Como excepción de esta regla de funcionalidad tenemos la fachada de una organización de espionaje que simula ser una tintorería para cualquier transeúnte y ocasional cliente, pero que alberga una institución muy diferente en su trastienda. Si pensamos como Eco que signo es todo aquello que puede usarse para mentir, concluiremos que el edificio de nuestro ejemplo cumple a la perfección con este requisito y puede ser considerado como un signo bien formado.

No solo el espacio construido y habitado integra la significación, sino también elementos tan heterogéneos como las distancias que regulan la interacción social (proxémica) pues éstas determinan la intimidad, la subordinación y el poder. O los movimientos que conforman el ballet nuestro de cada día (kinésica). En fin, toda esa gran masa de pautas conocidas como el actuar socializante. En su conjunto estos aspectos tan diversos de la socialización humana sirven para distinguir dentro de una comunidad al nativo del que no lo es. Le será tan difícil al extranjero dominar las reglas lingüísticas que los otros parecen manejar con irritante displicencia, como integrar sin "acento" las formas de significación de la vida diaria.

El hecho de que los sonidos de una lengua se hallen minuciosamente codificados y gocen de ricas tradiciones, orales o escritas según la cultura, no quiere decir que un área como la del olfato, por ejemplo, esté librada en su funcionamiento significativo al albedrío individual. A menudo las leyes no escritas, como es el caso para los signos olfativos en occidente, tienen igual o mayor vigor que sus contrapartidas en manuales y códigos. En un caso se hablará de una falta de respeto hacia los demás, mientras que en el otro de una falta de ortografía, pero en ambas la sanción no se hace esperar. Basta pensar en el nutrido repertorio de mensajes publicitarios que ilustran las penosas consecuencias de quien viola las normas olfativas del grupo.

La **comunicación** es el otro gran dominio de la semiótica. La definiremos como todo **intercambio voluntario de mensajes**. Junto al lenguaje nos encontramos aquí con sistemas derivados de él: el código Morse, el alfabeto sordomudo, la señalización en las rutas, etc.

Significación y comunicación abarcan la totalidad del sentido que producimos habitualmente. Esto incluye desde el saludo más trivial y automático hasta esas grandes configuraciones cuyo fin es dar una explicación a toda una comunidad y que reciben el nombre de **ideologías**.

¿Qué es el signo?

Un signo es algo que significa algo para alguien. Usted está manejando un coche, ve el semáforo en rojo y se detiene. Ese color rojo es para usted el signo que le indica detenerse. Otro ejemplo: usted ve un cartel que dice 'silencio', y entonces no habla o lo hace en voz baja. La palabra 'silencio' es el signo que usted interpreta como callarse la boca. Estos ejemplos simples nos permiten entender qué es un signo. En cualquiera de ellos, están siempre presentes tres elementos básicos:

- El **significante** que es aquello que tiene un significado para usted. Por ejemplo, el color rojo, o la palabra 'silencio'. Así, un significante puede ser no verbal (un color, un gesto, un dibujo) o verbal (una palabra).
- El **significado** es aquello a lo cual remite el significante. El significante color rojo remite a detenerse, entonces 'detenerse' es el significado.
- El **intérprete**, o sea usted mismo, es alguien que le asigna un significado al significante.

Umberto Eco define signo de la siguiente manera: "*Un signo es algo que significa algo para alguien*". En esta definición aparecen los tres elementos que antes habíamos citado: el primer algo es el significante, el segundo algo es el significado, y el alguien es el intérprete.

Pero la formulación más completa y evolucionada fue desarrollada en 1938 por el filósofo norteamericano **Charles Morris** quien sigue las huellas de **Charles Peirce**, al partir de la definición de signo de este último: "*algo que está para alguien en lugar de otra cosa en algún respecto o capacidad*". Este "*estar en lugar de*" suele parafrasearse como evocar un algo en la mente de alguien.

Según Morris, un **proceso semiótico** es un proceso en el cual algo funciona como signo. En este proceso se descubren los siguientes componentes:

- El **vehículo señal** (el signo)
- El **designatum** (aquello a lo que el signo se refiere)
- El **intérprete** (el organismo para el que algo es signo)
- El **interpretante** (el efecto que el signo produce en el intérprete)

Al respecto Morris dice: "*Algo es un signo solamente porque es designado como un signo de una cosa por un intérprete*". Así todo signo ha de tener un **designado**, pero eso no indica que todos los signos hacen referencia a algún existente real. Se puede dar el caso de designados imaginarios o futuros. Cuando el signo se refiere a un objeto que existe en la realidad, este designado se le llamará entonces un **denotado**.

Cualquier cosa que usemos como signo, sin excepción, significa algo. Sin embargo, no siempre eso que es significado por el signo tiene existencia concreta. Por ejemplo, *centauro* o *unicornio* son signos que no tienen algo concreto que significar, y no por eso decimos que no significan nada. Cada uno en su caso designa una entidad, una producción (mítica en un caso, de ficción en otro) o simplemente una mentira: significa algo que no tiene su correlato en la realidad) de la cultura, sin existencia real concreta, sin denotado o referente.

En cambio, cuando un signo expresa algo de la realidad, además de tener **designado**, ese signo tiene **denotado o referente**. Tener denotado implica que se puede reconocer el referente, el objeto, el hecho o la circunstancia a la que el signo hace referencia.

El **contenido** de un signo no es lo mismo que el referente. El contenido no es más que un conjunto de propiedades ligadas a una **expresión**. La expresión del signo puede ser cualquier material, entendiéndose por esto que la expresión es siempre sensible, y por lo tanto, captada por los sentidos (una *milanesa* puede ser captada por el sonido de la palabra milanesa, por el gusto o por el olor).

En síntesis: el **contenido** de un signo es la idea que nosotros adquirimos sobre una cosa, hecho o situación que puede o no existir; el **referente** es cualquier cosa concreta significada por otra; la **expresión** es el material con que se elabora o se expresa un significante.

¿Cuándo surgió la necesidad de los estudios semióticos?

La necesidad -y, por consiguiente, utilidad- de la semiótica surgió, en los intersticios de los siglos XIX y XX y en los inicios de lo que luego se llamó *modernismo*, cuando la humanidad (o, al menos, la fracción ilustrada de la misma) comenzó a perder la ilusión ingenua que la había llevado, en pleno auge del positivismo decimonónico, a presumir la existencia de una especie de transparencia o de capacidad objetiva que permitiría al individuo humano penetrar en la 'realidad' del mundo y establecer una relación inmediata y por consiguiente 'verdadera' con los fenómenos; presunción esta que se fue derrumbando conforme se advirtió la existencia de toda una serie de procesos y de operaciones que mediaban en dicha relación. Y es esta pérdida de 'inocencia', y la subsiguiente necesidad de revelar tales procesos y operaciones, en la medida que éstos afectaban a todo tipo de órdenes sociales y se estabilizaban en toda clase de sistemas significantes, lo que justifica la necesidad histórica -y consiguiente utilidad- de la semiótica.

Esta necesidad histórica y consiguiente utilidad de la semiótica (siempre centrada en dicha función reveladora y de atisbar, por consiguiente, los signos y los procesos de producción significativa que subyacen bajo las superficies de sentido) se ha ido extremando con el tiempo, conforme -ya en plena vigencia de la llamada 'postmodernidad'- más y más territorios sociales se han revelado como espacios significantes; y conforme -y de modo muy especial- los poderes instituidos en los dominios económico, mediático y cultural han ido estableciendo unos específicos operativos de producción significativa cuyo objeto consiste en establecer visiones distorsionadas de la 'realidad' que actúan socialmente, por ejemplo, los medios de comunicación y la publicidad. Visiones distorsionadas respecto de las cuales la investigación semiótica puede revelar los procesos subyacentes y que constituye, probablemente, la perspectiva más apasionante que hoy concierne a la semiótica.

¿Para qué sirve la semiótica?

“La Semiótica es un instrumento teórico que facilita la interpretación de los objetos culturales y sociales, en particular, aquellos aspectos y problemas que tienen que ver con la temática de la comunicación. En este sentido, se convierte en algo así como una metacrítica de la cultura”. (**Olga Chávez**)

“Para esta pregunta hay dos respuestas: una de combate y otra de conciliación. La de combate es la misma que empleó Heidegger cuando le preguntaron ¿para qué sirve la filosofía? El presupuesto de la pregunta es que debe servir para algo. La pregunta nos sitúa, pues, en el deber servir para. La respuesta de combate es que no sirve para nada. El sentido de la semiótica no está en un presunto servir para porque en ese caso estaríamos alienándola a otra cosa exterior a ella y reduciéndola a mero instrumento o medio. La respuesta de conciliación es: para pensar mejor, para entender las formas o estructuras de nuestro ser en el mundo, esto es, de nuestro lenguaje. En suma, para conocernos y actuar en consonancia con ese conocimiento”. (**Oscar Quezada**)

Práctico de fijación

1. Lea el siguiente texto de Umberto Eco. ¿Cuáles son algunos de episodios del relato que demuestran que Sigma –como cualquier ser humano- vive en un universo de signos?

Supongamos que el señor Sigma, en el curso de un viaje a París, empieza a sentir molestias en el “vientre”. Utilizo un término genérico porque el señor Sigma por el momento tiene una sensación confusa. Se concentra e intenta definir la molestia; ¿ardor de estómago? ¿espasmos? ¿dolores viscerales? Intenta dar un nombre a unos estímulos imprecisos y al darles nombre los culturaliza, es decir, encuadra lo que era un fenómeno natural en unas rúbricas precisas y “codificadas”; o sea, que intenta dar una experiencia personal propia, una calificación que la haga similar a otras experiencias ya expresadas en los libros de medicina o en los artículos de los periódicos.

Por fin descubre la palabra que le parece adecuada: esta palabra vale por las molestias que siente. Y dado que quiere comunicar sus molestias a un médico, sabe que podrá utilizar la palabra (que el médico está en condiciones de entender), en vez de la molestia (el médico no siente o quizás no la ha sentido nunca en la vida).

Todo el mundo estará dispuesto a reconocer que esta palabra, que el señor Sigma ha individualizado, es un signo, pero nuestro problema es más complejo.

El señor Sigma decide pedir hora a un médico. Consulta la guía telefónica de París; unos signos gráficos precisos le indican quienes son médicos y cómo llegar hasta ellos.

Sale de su casa, busca con la mirada una señal particular que conoce muy bien: entra en un bar. Si se tratara de un bar italiano intentaría localizar un ángulo próximo a la caja donde podría estar un teléfono, de color metálico. Pero como sabe que se trata de un bar francés, tiene a su disposición otras reglas interpretativas del ambiente: busca una escalera que desciende al sótano. Sabe que en todo bar parisino que se respete, allí están los lavados y teléfonos. Es decir, el ambiente se presenta como un sistema de signos orientadores que le indican dónde podrá hablar.

Sigma desciende y se encuentra frente a las tres cabinas más bien angostas. Otro sistema de reglas le indica cómo introducirá una de las fichas que lleva en el bolsillo (que son diferentes y no todas se adaptan a aquel tipo de teléfono: por lo tanto leerá la ficha X como “ficha adecuada al teléfono del tipo “Y”) y, finalmente, una señal sonora le indica que la línea está libre; esta señal es distinta de la que escucha en Italia, y por consiguiente tendrá otras reglas para “decodificarla”; también aquel ruido vale por la equivalencia verbal “vía libre”.

Ahora tiene delante el disco con las letras del alfabeto y los números; sabe que el médico que busca corresponde a DAN.0019; esta secuencia de letras y números corresponde al nombre del médico, o bien significa “casa de tal”. Pero introducir el dedo en los agujeros del disco y hacerlo girar según los números y letras que se desean tiene además otro significado: quiere decir que el doctor será advertido del hecho de que Sigma lo llama. Son dos órdenes de signos diversos, hasta el punto de que puede anotar un número de teléfono, saber a quien corresponde y no llamarlo nunca; puede marcar un número al azar, sin saber a quién corresponde y saber que al hacerlo llama a alguien.

Además, este número está regulado por código muy sutil: por ejemplo, las letras se refieren a un barrio determinado de la ciudad, y a su vez, cada letra significa un número de modo tal que si llamara a París desde Milán deberla sustituir DAN por los números correspondientes, porque el teléfono italiano funciona con otro código.

Pero de ellos no vamos a ocuparnos. Podemos abandonar a Sigma a su destino (con nuestros mejores deseos): si consigue leer la receta que le dará el médico (cosa nada fácil porque la escritura de los clínicos plantea no pocos problemas de descifrado) quizás se ponga bien y pueda gozar aún de sus vacaciones en París.

Puede ocurrir también que Sigma sea testarudo e imprevisor y que ante el dilema: “O deja de beber o no puedo asegurarle nada sobre su hígado”, llegue a la conclusión de que es mejor gozar de la vida sin preocuparse de la salud que quedar reducido a la condición de enfermo crónico que pesa alimentos y bebidas en una balanza. En este caso, Sigma establecería una oposición entre *buena vida y salud* que no es homóloga de la tradicional entre *vida y muerte*; la *vida*, vivida sin preocupaciones, con un riesgo permanente, que es la muerte, le parecería como la misma cara de un valor primario, la despreocupación, al cual se opondrían la salud y la preocupación, ambas emparentadas con el *aburrimiento*. Por lo tanto, Sigma tendría su propio sistema de ideas (al igual

que lo tiene la política o la estética), que se manifiesta como una organización especial de valores o contenidos. En la medida en que tales contenidos se le manifiestan bajo la forma de conceptos o de categorías mentales, también ellos valen por alguna otra cosa, por las decisiones que implica, por las experiencias que señala. Según algunos, también ellos se manifiestan en la vida personal e interpersonal de Sigma como signos. Ya veremos si ello es cierto. La verdad es que son muchos lo que creen así.

Por el momento los que nos interesaba subrayar era que un individuo normal, ante un problema tan espontáneo y natural como un vulgar “dolor de vientre” se ve obligado a entrar inmediatamente en un retículo de sistemas de signos; algunos de ellos, vinculados a la posibilidad de realizar operaciones prácticas; otros, implicados más directamente en actitudes que podríamos definir como “ideológicas”. Pero, en cualquier caso, todos ellos son fundamentales para los fines de la interacción social, hasta el punto de que podemos preguntarnos si son los signos los que permiten a Sigma vivir en sociedad, o si la sociedad en que Sigma vive y se constituye como ser humano no es otra cosa que un complejo sistema de signos. En una palabra, ¿Sigma hubiera podido tener conciencia racional de su propio dolor, posibilidad de pensarlo y clasificarlo, si la sociedad y la cultura no lo hubieran humanizado como animal capaz de elaborar y comunicar signos?

Con todo, el ejemplo podría inducir a pensar que esta invasión de los signos sólo es típica de la civilización industrial que puede observarse en el centro de una ciudad, rutilante de luces, anuncios, señales de tráfico, sonidos, sólo cuando hay civilización, en el sentido más banal del término.

Pero es que Sigma viviría en un universo de signos incluso si fuera un campesino aislado del mundo. Recorrería el campo por la mañana y, por las nubes que aparecen en el horizonte, ya sabría predecir el tiempo que hará. El color de las hojas le anunciaría el cambio de estación, una serie de franjas del terreno que se perfilan a lo lejos en las colinas le diría el tiempo de cultivo para el que es apto. Un brote de matorral le señalaría el crecimiento de determinado tipo de plantas, sabría distinguir los hongos comestibles de los venenosos, el musgo de un lado de los árboles le indicaría en qué parte está el norte, si es que no lo había descubierto ya por el movimiento del sol. No disponiendo de reloj, el sol le señalaría la hora, y una ráfaga de viento le diría muchas cosas que a un ciudadano de paso no sabría descifrar; de la misma manera que determinado perfume (para él, que sabe dónde crecen algunas flores) quizás le diría de qué parte sopla el viento. Si fuera cazador, una huella en el suelo, un mechón de pelos en una rama de espino, cualquier rastro infinitesimal le revelaría qué animales habían pasado por allí e incluso cuándo... O sea que, aun inmerso en la naturaleza, Sigma seguiría viviendo en un universo de signos.

Estos signos no son fenómenos naturales, los fenómenos naturales no dicen nada por sí mismos. Los fenómenos naturales “hablan” a Sigma, en la medida en que toda la tradición campesina le enseñó a leerlos. Así pues, Sigma vive en un mundo de signos, no porque viva en la naturaleza sino porque incluso cuando está solo, vive en la sociedad, aquella sociedad rural que no se habría constituido y no habría podido sobrevivir si no hubiera elaborado sus propios códigos, sus propios sistemas de interpretación de los datos naturales (y que por esta razón se convertían en datos culturales).

Umberto Eco, “Sigma”

En: El Signo (1988) Ed. Labor, Barcelona

2. Lea el texto que sigue. ¿Cómo define Andarch la semiótica y qué función le adscribe?

En el comienzo del film canadiense *La Guerra del Fuego* observamos a un cavernícola haciendo guardia a la entrada de una cueva. De pronto seguimos el insistente vuelo de un insecto que pasa muy cerca de su cara. La cámara nos acerca la visión de sus ojos atentos bajo las espesas cejas y la hirsuta pelambre; su mirada y la nuestra siguen el vuelo. Identificados con aquel imaginamos que la eliminación de esta molestia es inminente. Cual no será nuestra sorpresa cuando sin aviso previo alguno, el troglodita procede a engullir aquel insecto sin pestañear. Superado el primer estupor, conjeturamos que este primitivo es capaz de comer cualquier cosa, ya que solo un grado altísimo de barbarie podría explicar el -para nosotros- repulsivo banquete

Más adelante la peripecia fílmica lleva a este troglodita junto con varios de sus congéneres a desplazarse lejos de su territorio, precisamente al emprender esa “búsqueda del fuego a que

hace alusión el título. Con este propósito los protagonistas llegan a un remoto páramo en el que encuentran seres de otra raza de cavernícolas. Estos últimos se hallan en pleno almuerzo y tras aceptar las intenciones pacíficas de los primeros, los invitan a compartir su comida. Aquellos no sólo aceptan, sino que comienzan a comer con verdadera fruición ya que no habían probado bocado en varios días. Mientras el banquete está en curso, la cámara se desplaza y nos muestra - y le muestra a uno de los invitados, nada menos que a nuestro troglodita del comienzo- que la comida consiste en un gran trozo de carne asándose en el fuego. Acto seguido cámara y mirada se posan en un árbol que se encontraba fuera del campo visual del protagonista -y del nuestro- del que vemos colgando maniatados seres humanos, a uno de ellos le faltan pierna y brazo. Ver esta truculenta escena y concluir que el opíparo festín está constituido de carne humana no lleva más tiempo que la sensación de repugnancia que nos invade. Pero aquí viene la gran sorpresa que nos depara el film. Lejos de seguir comiendo despreocupadamente, como imaginamos lo haría, el protagonista escupe el bocado lejos de sí, y vomita lo que había comido.

No existe ningún ser *inmundo* que viole sistemáticamente lo que en su mundo está codificado como no comestible. La palabra griega *cosmos*, de la cual proviene *cosmética*, y la palabra latina *mundus*, vinculada al atributo de *lo hermoso*, nos hablan de una rigurosa codificación en todos los pueblos de todas las épocas. Esta codificación no se ciñe a criterios funcionales; en nuestro ejemplo la carne humana de los antropófagos hubiera aportado ricas proteínas al otro grupo; las distinciones tienen que ver con las formas de organizar el universo de sentido. Un tabú alimentario como uno religioso como uno lingüístico definen inequívocamente a aquellos que se agrupan en torno suyo para crear una comunidad. Vivir en el mundo es siempre habitar un mundo edificado sobre la frágil pero esencial base de oposiciones binarias: lo comestible frente a lo que no es, lo seco vs. lo mojado, lo nombrable vs. lo innombrable. Estos pares mínimos, al igual que los que separan las unidades lingüísticas con sentido (masculino vs femenino; singular vs plural), estructuran la inteligibilidad y las formas de legitimación que separan a los nativos de los extranjeros.

De lo anterior se desprende que la semiótica es la ciencia del sentido porque la realidad es puntuada diferentemente y categorizada diversamente por los participantes de diferentes culturas.

Veamos ahora la descripción que nos da un antropólogo de un código arquitectónico muy alejado del occidental: "*Les lleva a las mujeres solo 3/4 de hora construir sus moradas, pero a menudo no se sienten inclinadas a hacerlo. Solo colocan dos palos para simbolizar la entrada al lugar, para orientar a la familia respecto al lugar del hombre y el de la mujer cerca del fuego. A veces obvian levantar los palos.*" (Marshall, 1979). Si pensamos en la grandiosidad de la catedral gótica, la práctica de los aborígenes australianos solo nos puede parecer un gruñido inarticulado.

Abrimos los ojos en un entorno altamente humanizado por lo que esta forma de existir y habitar nos parece *natural*. Este calificativo simboliza una de las creencias más arraigadas universalmente: nuestra cultura no podría ser diferente de lo que es. De allí a pensar que toda cultura bien formada debe asemejarse no hay más que un paso. El análisis semiótico se encarga de *desnaturalizar* estos sistemas de sentido, legítimos y legitimadores a la vez. El sociólogo Berger usa el término *éxtasis* para caracterizar el distanciamiento efectuado por el científico con respecto a lo que su sociedad o cualquier otra da por sentado. El procedimiento que Berger encuentra no está relacionado con experiencia religiosa alguna, sino que se refiere a un acto de salirse de las rutinas aceptadas por la sociedad, lo que etimológicamente queda descrito por el término griego *ekstasis* (colocarse fuera); es decir, volver consciente lo que en sus semejantes es automatismo o reflejo.

Andarch, Fernando (1987) *Presentación de la semiótica en El paisaje de los signos*, Ed. Monte Sexto, Montevideo